

perder tiempo, mortifícaos en eso, y ofrecedlo al Señor en otra comunión. Sois tan amigo de vuestra voluntad, que por no recibir vos un poco de mortificación y trabajo, no sabéis dar gusto ni contento á nuestros hermanos, y algunas veces les habláis sacudida y desabridamente: procurad venceros en eso, y ofrecerlo al Señor en otra comunión. Y como decíamos, l p., trat. 5, c. 20, tratando de la oración, que es muy bueno proponer allí algo que hacer aquel mismo día; así también en la comunión será muy bueno sacar propósito de venceros y mortificaros en algo aquel mismo día, y ofrecer esa mortificación al Señor en hacimiento de gracias. Haced cuenta que esto es lo que os está pidiendo el Señor por la merced y beneficios que habeis recibido. Que no quiere Dios de nosotros otra cosa ni otra recompensa, sino que nos mejoremos en la vida, y nos vamos enmendando en aquello que sabemos que desagrada á Dios: y así ese es el mejor hacimiento de gracias que podemos hacer despues de la comunión, y el servicio mas agradable que le podemos ofrecer. De tres maneras decimos arriba, trat. 7, c. 6, que puede ser el hacimiento de gracias. La primera, reconociendo los beneficios interiormente con el corazón. La segunda, alabando y dando gracias con palabras al bienhechor. La tercera, con obras, y este es el mejor hacimiento de gracias, pues eso es lo

que ahora decimos. No se nos vaya todo en consideraciones, que aunque buenas, mejores son las obras, y para eso han de ser las consideraciones, para que vengamos á las obras.

De la misma manera digo de la preparación para comulgar: aunque es muy buena aquella particular preparación que se acostumbra hacer antes de la sagrada Comunión con algunas consideraciones; y ninguno la debe dejar, porque la reverencia de tan alto Sacramento pide que cada uno haga también en eso lo que mas pudiere; pero la mejor y mas principal disposición ha de ser la buena y santa vida; y el irnos cada día mejorando y perfeccionando en las cosas que hacemos, para así llegar con mayor limpieza y puridad á este divino Sacramento, conforme á aquello de los gloriosos santos Ambrosio y Agustino (1): *Sic vive, ut quotidie merearis accipere*: Vivid de tal manera, que merezcáis recibir cada día este santísimo Sacramento. Y así el P. M. Ávila, en una carta que de esto escribe á un devoto, le dice: La preparación para la sagrada Comunión ha de ser el buen orden que tenga en toda su vida y en toda la semana. Y trae para esto el ejemplo de un siervo de Dios que decía que él nunca hacia particular prepara-

(1) Ambros. lib. 3 de Sacramentis, c. 4; August. de verbis Domini in Evang. secundum Lucam, serm. 8; M. Avila, tom. 2, epist. f. 187.

ción para comulgar, porque cada día, dice, hago todo lo que puedo: esa es muy buena preparación, harlo mejor que el recogerse uno solamente un cuarto de hora antes y otro despues, y quedarse tan tibio y tan inmortificado é imperfecto como antes.

De manera que es esta la principal disposición, y este es el principal hacimiento de gracias, y este ha de ser también el principal fruto que habemos de sacar de la sagrada Comunión. Y así como decimos de la oración que la disposición principal para ella ha de ser la mortificación de nuestras pasiones, el recogimiento de los sentidos y la guarda del corazón; y decimos que ese ha de ser también el fruto que habemos de sacar de ella, y que lo uno ha de ayudar á lo otro; así también aquí la buena y santa vida, el hacer uno todas las cosas lo mejor que puede para agradar á Dios ha de ser la principal disposición para recibir la sagrada Comunión; y eso mismo ha de ser el principal fruto que ha de sacar de ella, y lo uno ha de ayudar á lo otro, y una comunión ha de ser disposición para otra. Y así como decimos que el tener buena oración y el ir aprovechando en ella no está en tener consue- los y sentimientos, ni en tener muchas consideraciones ni grandes contemplaciones, sino en que salga uno de allí muy humilde, paciente, indiferente y mortificado; así también la buena comunión y

el fruto de ella no está ni se ha de medir por las muchas consideraciones que uno tiene, por muy buenas y santas que sean, ni por los gustos y consolaciones, sino por la mortificación de las pasiones, y por la mayor resignación y conformidad con la voluntad de Dios que de allí se saca.

De aquí se sigue una cosa de grandísimo consuelo, y es, que siempre está de nuestra mano comulgar bien, y sacar mucho fruto de la Comunión; porque el ofrecer nos y resignarnos en las manos de Dios, el mortificarnos y enmendarnos en aquello que sabemos desagrada á su divina Majestad, siempre está en nuestra mano con la gracia del Señor. Pues haced vos eso, y sacaréis mucho fruto de la Comunión: idos cada día venciendo y mortificando, y enmendando en alguna cosa; caiga el ídolo de Dagon, I Reg. v, v. 3, en presencia del arca del Testamento; ese ídolo de la honra, ese ídolo del regalo y de buscar vuestras comodidades, ese ídolo de la propia voluntad quede todo por tierra en reverencia de este Señor. ¡Oh si comulgásemos de esta manera, mortificándonos y enmendándonos cada vez en alguna cosa, por pequeña que fuese, cómo medraria nuestra alma!

San Jerónimo declara á este propósito aquello que dice el Sábio de la mujer fuerte: *Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit*. Prov. xxxi, v. 27.

Consideró los rincones y escondrijos de su casa, que es el examen y preparacion que se requiere para llegar á esta mesa divina, y no comió ociosa su pan, no comió el pan de balde. Dice san Jerónimo, que cuando uno saca fruto de la sagrada Comunion de la manera que habemos dicho, no come el pan de balde, pues le aprovecha bien lo que come. Pero ¡ay de vos que habeis comido este pan de balde tantos años há, pues nunca os habeis vencido ni mortificado en una pasion ni en un siniestro malo que teniais! Grave enfermedad teneis, pues no os aprovecha nada lo que comeis. Pues no sea así de aquí adelante: entre cada uno dentro de sí, y considere los rincones de su alma, mire la pasion ó siniestro é inclinacion que mas daño y estorbo le hace, y procure ir-la quitando y mortificando hasta que pueda decir con el apóstol san Pablo: *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus*. Ad Galat. c. II, v. 20. Vivo yo, ya no yo, sino Cristo es el que vive en mí. Como dice san Jerónimo sobre estas palabras: *Id est, non vivit ille, qui quondam vivebat in lege, quippe persequabatur Ecclesiam: vivit autem in eo Christus, id est sapientia, fortitudo, sermo, pax, gaudium, cæteraque virtutes, quas qui non habet, non potest dicere, vivit autem in me Christus*. Vivo yo, ya no yo, ya no vive aquel que vivia antiguamente en la ley, aquel que perseguia la Iglesia; sino vive en él

la sabiduría, la fortaleza, la paz, el gozo y las demás virtudes, las cuales, el que no las tiene, no puede decir vive en mí Cristo.

CAPÍTULO XIII.

Qué es la causa que obrando este divino Sacramento tan maravillosos efectos algunos que le frecuentan no los sienten en sí.

Preguntará alguno: pues este santísimo Sacramento da tanta gracia, y obra tantos y tan maravillosos efectos, ¿qué es la causa que muchas personas que celebran y comulgan á menudo no sienten en sus almas, no solo aquel gusto y suavidad espiritual que decíamos, c. 9, pero ni aun parece que aprovechan en la virtud, sino que se están siempre casi de una misma manera? Algunos suelen responder á esto con aquel proverbio comun: que la mucha conversacion es causa de menosprecio; pareciéndoles que la mucha frecuencia es causa que no se lleguen con tanta reverencia y disposicion, y así que no saquen tanto fruto. Pero no tienen razon, porque esto no ha lugar en las cosas espirituales y trato con Dios. Aun con los hombres sábios y prudentes dicen que no ha esto lugar, sino que antes la mucha conversacion y familiaridad con ellos causa mayor estima y reverencia; porque quanto uno mas les trata, tanto mas conoce su pru-

dencia y virtud, y así tanto mas los estima. Pero demos que tenga lugar este proverbio en los sábios del mundo; porque al fin como en esta vida miserable no puede haber ninguno tan perfecto que no tenga algunas faltas, y esas se descubran tratando mucho y muy familiarmente con él, puede la mucha familiaridad ser causa que se disminuya su opinion y estima. Empero en el trato y familiaridad con Dios no puede haber esto lugar; porque como este Señor sea de infinita perfeccion y sabiduría, quanto mas uno trata con él y mas le conoce, tanto mas le reverencia y estima, como lo vemos en los santos Ángeles y bienaventurados, que conocen perfectísimamente á Dios en el cielo, y conversan con él familiarmente; y lo experimentamos tambien acá en la tierra, porque quanto mas uno trata con Dios en la oracion, tanto mas le reverencia y estima. Y declárase nos esto bien en lo que el sagrado Evangelio cuenta de aquella mujer samaritana, que al principio trató á Cristo como á uno del pueblo: *Quomodo tu Judæus cum sis, bibere à me pocis, quæ sum mulier samaritana?* Joan. IV, v. 9. Llamóle el nombre comun de la nacion; pero procediendo un poco mas adelante en la conversacion, llamóle Señor: *Domine da miki hanc aquam*. Y procediendo un poco mas adelante, llamóle Profeta: *Video, quia Propheta es tu*. Y prosiguiendo mas adelante, reconócele por Cris-

to y por Mesías. De la misma manera es en la frecuencia de los Sacramentos. Antes una comunion dispone para otra; y es engaño grande pensar que por llegarse uno de tarde en tarde á recibir este santísimo Sacramento irá con mayor preparacion y reverencia; y así dijo muy bien san Agustin y san Ambrosio (1), que el que no le merece recibir cada día, no merece recibirle una vez al año: *Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere*.

Pues respondiéndole á la duda digo: lo primero, que el no sentir tanto fruto con la frecuencia de este santísimo Sacramento unas veces viene por culpa nuestra, porque no nos preparamos y disponemos para recibirle como debemos, sino llegamos á él por una manera de costumbre ó cumplimiento, que es como si dijésemos: Comulgo porque otros comulgan, y porque ya lo tengo por costumbre: llegámonos como por via de ceremonia, sin haber precedido consideracion ni sentimiento de lo que vamos á hacer: esa es la causa de sentir poco fruto; y así cuando uno siente en sí que no medra ni aprovecha con la frecuencia de este santo Sacramento, debe mirar y examinar muy bien si es por falta de disposicion, y si halla serlo, ha de procurar remediarlo.

(1) August. de Verbis Domini in Evangelium secundum Lucam, serm. 23 et epist. 18 in Joan.; Ambros. lib. 5 de Sac. cap. 4.

Otras veces suele provenir esto de dejarse caer uno advertidamente en culpas veniales. Dos maneras hay de culpas veniales, Lud. Blos. in Specul. spir. c. 6: unas que se hacen por inadvertencia aunque con algun descuido y negligencia; otras hay que se hacen advertidamente y de propósito. Las culpas veniales, en que por no advertir caen las personas temerosas de Dios y diligentes en su servicio, no hacen este daño; mas las que con deliberacion, de propósito y advertidamente hacen las personas tibias y remisas en el servicio de Dios, impiden en gran parte los efectos divinos de este santísimo Sacramento. Y lo mismo podemos decir de las faltas que deliberadamente y de propósito hace uno en la observancia de sus reglas é instituto. Así como un padre suele mostrar á su hijo el rostro torcido cuando ha hecho alguna falta, para reprenderle con aquello y avisarle que ande con mas cuidado de ahí adelante; así lo suele hacer Dios con nosotros en la comunión y en la oracion. Y así si queremos participar del copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan á este divino Sacramento como deben, es menester que procuremos no hacer faltas advertidamente y de propósito. Y noten mucho esto las personas temerosas; porque es de mucha importancia para que el Señor les haga mercedes.

Lo tercero, digo que el no sen-

tir aun con este divino Sacramento aquellos efectos que habemos dicho, muchas veces no es por culpa alguna, ni por eso deja de recibir en su alma grande fruto, aunque á él le parezca que no lo siente, como solemos decir de la oracion, de la cual suelen tener muchos la misma queja, que aunque uno no sienta en ella el gusto y consuelo que desea, y otras veces por ventura suele sentir, no por eso deja de ser de mucho provecho. Como el manjar al enfermo, que aunque no le dé gusto, no por eso le deja de sustentar y ser provechoso. Son esas cosas que pertenecen á la providencia altísima de Dios, el cual suele de esa manera purgar y probar á sus siervos, y ejercitarlos y humillarlos, y sacar otros bienes que él se sabe. Añádese á esto que algunas veces obra este Sacramento tan secretamente, que apenas lo puede el hombre entender; porque la gracia comunmente obra como la naturaleza, poco á poco, como parece en una planta, que sin echarse de ver cuándo crece, vemos despues que ha crecido. Y así dice san Laurencio Justiniano, que así como el manjar corporal sustenta al hombre y hace que crezca aunque no lo advirtamos, así este divino Sacramento conforta y fortalece al alma con aumento de gracia aunque no lo sintamos.

Lo cuarto, digo que no solo se cuenta por aprovechamiento el ir adelante, sino tambien el no caer y volver atrás. Y no es menos de

estimar la medicina que nos preserva de la enfermedad, que la que nos acrecienta la salud; y adviértase mucho esto, porque es cosa de gran consuelo para aquellos que no ven tan palpablemente en sí el fruto de este Sacramento. Vemos comunmente que los que reciben á menudo este divino manjar viven en temor de Dios, y se les pasa todo el año, y á muchos toda la vida, sin hacer pecado mortal; pues ese es uno de los principales frutos y efectos de este Sacramento, preservar á uno que no caiga en pecados, como lo es del manjar conservar la vida temporal; y lo notó muy bien el concilio Tridentino (1), diciendo que es: *Antidotum, quo liberamur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus preservamur*: Remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas, y nos preserva de las mortales; y así aunque uno no sienta en sí aquel fervor y devoción, ni aquella hartura y consuelo espiritual, ni despues de haber comulgado sienta aquel aliento y ligereza para las buenas obras que otros suelen sentir, sino antes se quedada y tibieza, no por eso deja de recibir fruto. Y si comulgando cae en algunas faltas, no comulgando caerá en otras mayores. Hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte para llegar-nos con la disposicion y reverencia que habemos dicho, que sin

duda será grande el provecho que recibirá nuestra alma con la frecuencia de este divino Sacramento.

Cuenta Timal Bredembraquio (1) de un duque de Sajonia, llamado Wedequindo, que era infiel, y vínole curiosidad de ver lo que pasaba en los reales católicos de Carlomagno, y por hacerlo mas á su placer, vistióse en hábito de peregrino, y vase allá. Era tiempo de Semana Santa y Pascua, cuando toda la gente comulgaba; él andaba con atencion mirándolo todo, y entre otras cosas que vió fue: Que cuando el sacerdote comulgaba al pueblo, veia un niño muy hermoso y resplandeciente en cada forma, y dice que en las bocas de unos entraba el niño tan alegre, tan regocijado y tan de buena gana, que parecia que él mismo se iba y daba priesa á entrar; en otros dice que parecia que entraba de muy mala gana y como forzado, porque volvia el rostro y las manos atrás, y meneaba los piés como haciendo resistencia para no entrar en su boca. Y con este milagro se convirtió y se hizo cristiano este príncipe y toda su tierra. Otro ejemplo semejante, y que declara mas el pasado, se cuenta (2) de un sacerdote seglar que, diciendo mi-

(1) Tim. Bredemb. lib. 1 collat. cap. 2 ex histor. Eccles. Alberti Granti, lib. 1, cap. 9.

(2) Enrique Gran, en sus ejemplos, verbo Euchar. ejemplo 4, alegado por el doctor Santoro, lib. 4 de su Prado espiritual, cap. 100.

(1) Concil. Trident. sess. 13 de Sanct. Euchar. Sacram. cap. 2.

sa, un siervo de Dios que la oía, al tiempo de consumir vió en la patena, no las especies de pan, sino un niño. Y al tiempo que el sacerdote le levantó para tomarle, volvió el niño el rostro, y como quien porfiaba, contradiciendo con los piés y con las manos á que no le recibiese. Y esto vió aquel siervo de Dios, no una, sino algunas veces. Y hablando una vez aquel sacerdote con él, vino á decir que no sabia qué era que cada vez que tomaba el cuerpo del Señor, lo tomaba con mucha dificultad. Entonces el siervo de Dios le contó lo que habia visto, y aconsejóle que mirase por sí y se enmendase. El sacerdote tomó muy bien el aviso, y compungido enmendó su vida, y despues oyendo su misa el mismo siervo de Dios vió al niño como de antes, mas que al tiempo de consumir, con los piés y manos juntas se le entraba por la boca sin mucha violencia.

CAPÍTULO XIV.

Del santo sacrificio de la misa.

Ya habemos tratado de este divino Sacramento, y de sus efectos y virtudes admirables, en cuanto es Sacramento. Resta tratar ahora de él en cuanto es sacrificio, que es una cosa que el sagrado concilio Tridentino, sess. 22, manda á los predicadores y pastores de las almas, que declaren á sus ovejas, para que todos entiendan

el tesoro grande que dejó Cristo nuestro Redentor en su Iglesia, en dejarnos este sacrificio, y se sepan aprovechar de él. Desde el principio del mundo, á lo menos despues del pecado, aun en la ley natural, siempre hubo y fueron necesarios sacrificios para aplacar á Dios, y para reverenciarle y honrarle en reconocimiento de su infinita clemencia y majestad. Y así en la ley vieja instituyó Dios sacerdotes y sacrificios muchos; empero como la ley era imperfecta, los sacrificios tambien lo eran: sacrificaban y mataban muchos animales; no les podia aquello llevar á perfeccion, no bastaba el sacerdocio de Aaron ni sus sacrificios para santificar á los hombres y quitarles los pecados: *Impossibile enim est, sanguine taurorum, et hircorum, auferri peccata.* Ad Hebr. x, v. 4, dice el apóstol san Pablo. Era menester que viniese otro sacerdote segun el órden de Melquisedec, que es Jesucristo, y que ofreciese otro sacrificio que es á sí mismo, que fuese bastante para aplacar á Dios, y santificar á los hombres y llevarlos á perfeccion. Y así dice san Agustin (1) que todos los sacrificios de la ley vieja significaban y eran figura de este sacrificio, y que así como una misma cosa se puede significar y dar á entender con diversas palabras y en diversas lenguas; así este único y verdadero sacrificio fue significa-

(1) August. lib. 1 contra adversarium legis, et prophetarum, cap. 18.

do y figurado mucho antes con toda aquella multitud de sacrificios, para por una parte encomendarnos mucho y muchas veces, y por otra con diversidad y variedad quitarnos el fastidio que suele causar el repetir muchas veces una misma cosa. Y por eso, dice, mandaba Dios que le ofreciesen sacrificios de animales limpios, para que entendiésemos que así como aquellos animales que se habian de sacrificar carecian de los vicios y defectos del cuerpo, y no tenian mácula, así el que habia de venir á ofrecerse en sacrificio por nosotros no habia de tener mácula de pecado. Y si aquellos sacrificios agradaban á Dios nuestro Señor (como es cierto que por entonces le agradaban), era en cuanto por ellos confesaban y profesaban los hombres que habia de venir un Salvador y Redentor que habia de ser el verdadero sacrificio, y en virtud de este tenian aquellos entonces algun valor; pero en viniendo, y así que vino este Salvador y Redentor al mundo, desagradaron á Dios aquellos sacrificios, como lo dice el apóstol san Pablo: *Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam, et oblationem noluisti; corpus autem aptasti mihi, holocaustomata, et pro peccato, non tibi placuerunt.* Ad Hebr. x, v. 5. *Tunc dixi ecce venio: in capite libri scriptum est de me, ut faciam Deus voluntatem tuam.* Psalmo xxxix, v. 6. Dió Dios cuerpo á su unigénito Hijo, para que hiciese la voluntad de su Padre, ofre-

ciéndose por nosotros en la cruz; y así viniendo al mundo lo figurado, cesó la sombra y la figura, y dejaron de agradar á Dios aquellos antiguos sacrificios.

Pues este es el sacrificio que tenemos en la ley de gracia, y el que cada dia ofrecemos en la misa. El mismo Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, es nuestro sacrificio: *Tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis.* Ad Ephes. v, v. 2. Y estas no son consideraciones ni pensamientos propios, sino cosas que nos enseña la fe. La misa es verdad que es memoria y representacion de la pasion y muerte de Cristo. Y así dijo él cuando instituyó este soberano sacrificio: *Hoc facite in meam commemorationem.* Luc. xxii, v. 19. Pero es menester que entendamos que no solamente es memoria y representacion de aquel sacrificio en que Cristo se ofreció en la cruz al Padre eterno por nuestros pecados, sino es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. Y mas, no solo es el mismo sacrificio, sino tambien el que ofrece ahora este sacrificio de la misa es el mismo que el que ofreció aquel sacrificio en la cruz. De manera que así como entonces en tiempo de la pasion el mismo Cristo fue el sacerdote y el sacrificio; así tambien ahora en la misa el mismo Cristo es no solamente el sacrificio, sino tambien el sacerdote y el pontífice que se